

ORQUESTA DE CÁMARA DEL AUDITORIO DE ZARAGOZA.  
DÉCIMO ANIVERSARIO.  
ENTREVISTA CON JUAN JOSÉ OLIVES, DIRECTOR.

Francisco Javier Aguirre

Coincidiendo con la apertura del Auditorio de Zaragoza, en 1994, Juan José Olives, catedrático de dirección de orquesta del Conservatorio Superior de Música de Aragón, presentó un proyecto consistente en la creación de una orquesta de cámara residente en el nuevo centro musical. La idea fue aceptada por la dirección del Auditorio y la nueva formación comenzó a trabajar en noviembre de 1995. Se estableció una temporada propia de cinco conciertos que posteriormente se amplió a seis. Además la orquesta ha venido participando en otras actividades como los conciertos pedagógicos, interviniendo también en los ciclos sinfónicos del Auditorio en los que ha interpretado, como formación ampliada, obras del repertorio clásico y romántico colaborando, en bastantes ocasiones, con el Coro Amici Musicae del Auditorio.

Juan José Olives y sus músicos fueron el alma de la fenecida Semana de Música Contemporánea, que durante varios años aportó a la vida cultural zaragozana el aire fresco y creativo que tienen los compositores de hoy.

La conversación con este músico tinerfeño se desarrolla fluida y profunda. Olives no es hombre de gestos superficiales y ampulosos, sino de vivencias intensas que afloran a los pocos minutos de iniciar la entrevista.

**–¿Cuáles han sido los hitos de su formación humanística y musical?**

–Comencé a estudiar música en parte por deseo de mi madre y en parte atraído por el instinto de correlacionar lúdicamente una experiencia sonora y una imagen musical aún, supongo, embrionarias, pero que ya presentía. En el Conservatorio de Santa Cruz el instrumento elegido fue la guitarra, aunque más tarde estudié también piano. Llegada la edad, inicié la carrera de Filosofía y Letras en la Universidad de La Laguna que completé en Barcelona cursando la especialidad de Filosofía Pura. Finalizada la carrera, decidí dedicarme a la música y comencé estudios de composición y de dirección de orquesta que me llevaron de Barcelona a Viena.

**–¿Cómo recaló en Zaragoza?**

–En Barcelona desarrollaba una variada actividad musical. Componía y estrenaba, impartía clases en el Conservatorio de Badalona y en el Superior de Barcelona y fui director del Conservatorio (hoy Escuela) de Santa Coloma de Gramanet. Además trabajaba en Cataluña con agrupaciones concertísticas diversas, llegando a crear la Orquesta de Cámara del Palau de la Música, ya disuelta, y comenzaba a dirigir orquestas en el resto de España. Algunas personas, que conocían mi trayectoria, me insinuaron la posibilidad de incorporarme como profesor de dirección al Conservatorio de Zaragoza. Era 1988. A mi llegada a esta ciudad creí sentirme bien recibido y me pareció encontrar un ambiente entonces muy agradable y lleno de expectativas, al menos en los sectores musicales que pude conocer de inmediato. Un año después gané oposiciones nacionales a la cátedra de dirección de orquesta y me quedé en esta ciudad como titular. Me incorporé a la vida musical de Zaragoza, sin perder mis contactos con Barcelona, el resto de España y algunas orquestas del extranjero.

**–¿No se habló ya entonces de crear una Orquesta Sinfónica en Aragón?**

–Sí, efectivamente. Incluso en 1990 un técnico del Ayuntamiento de Zaragoza me pidió que elaborara un proyecto de posible orquesta sinfónica, cosa que hice. Sé que este proyecto –que, desde la perspectiva que me otorga una cierta experiencia, sigo considerando consistente y adecuado en sus ideas esenciales- llegó a parar a las Cortes de Aragón, a la DPZ y a la DGA, instituciones que de una manera u otra se interesaron por el mismo, aunque por razones que nunca he sabido debió quedarse dormido en los despachos.

**- Pero también se han presentado otros proyectos de orquesta sinfónica.**

- Sí. En los últimos 10 años ha habido varios intentos de distinta índole de creación de una orquesta sinfónica –aunque no estoy seguro de que todos puedan ser calificados de proyectos como tales-, intentos que por una razón u otra no han llegado a prosperar.

**- Pero ¿cree usted que una orquesta sinfónica es posible y necesaria en Zaragoza?**

Posible, seguro. En cuanto a lo de necesaria..., prefiero emplear el término de conveniente, mucho menos manipulable. En cualquier caso estoy convencido de que con un planteamiento adecuado (y tendría que explicar lo que quiero decir con esto) una orquesta sinfónica de tipo medio tendría cabida en la vida cultural aragonesa, sin tener por qué restar protagonismo ni competir con ninguna de las iniciativas y programaciones musicales que ahora mismo existen en Zaragoza.

**–Lo que sí se ha creado es la Orquesta de Cámara del Auditorio.**

–Así es. Contando con el apoyo de los músicos del antiguo Grupo Enigma, en el verano de 1994 presenté este nuevo proyecto, más modesto, al director del Auditorio, Miguel Ángel Tapia, y al Ayuntamiento. La idea fue muy bien acogida y comenzamos a trabajar

**–¿La idea inicial fue dedicarse a la música contemporánea preferentemente?**

–Sí y no. Aparte de una cierta declaración de principios a favor de la música más reciente, las circunstancias nos condujeron a dar prioridad al repertorio contemporáneo, pero he de decir que mi planteamiento como director –y el de los músicos que lideran la orquesta- es mucho más amplio y ambicioso. Siempre que nos han dado la oportunidad, la orquesta, muy incrementada, se ha enfrentado –y puedo decir que con notable éxito y resultado- a obras de Mozart, Haydn, Beethoven, Schubert y otros clásicos. En colaboración con el coro Amici Musicae del Auditorio, que dirige Andrés Ibiricu, hemos interpretado la última de las **Misas latinas** y **Rosamunda** de Schubert, **El Mesías** de Händel en la versión de Mozart, el **Requiem** de Fauré o la **Sinfonía de los Salmos** de Stravinsky entre otras obras.

**–Respecto al siglo XX, también se han cultivado autores menos ‘modernos’, considerados ya clásicos.**

–Efectivamente. Es algo totalmente ligado a la creación de la OCAZ, un “*sine qua non*” en su funcionamiento y crecimiento musical. Sin duda, presto y otorgo una especial atención a este repertorio. Muchas de las obras más significativas de la primera mitad del XX escritas para “ensemble” han tenido cabida en nuestra programación. La Escuela de Viena, Hindemith y Stravinsky, pero también el Grupo de los Seis o autores como Weill, Schreker, Eisler, Britten, Ravel, Strauss, Gerhard o Falla, por citar sólo algunos.

**–No obstante, la programación predominante es la contemporánea. Incluso haciendo hincapié en los estrenos.**

–No estricta ni exclusivamente pero sí de manera preferente debido a la naturaleza original del grupo y al compromiso que adquirimos en el momento de su fundación. Nuestra nómina de estrenos es amplia. Sobre todo en lo que se refiere a músicos españoles y, en particular, aragoneses; desde Ángel Oliver, recientemente fallecido, García Abril y José Peris, hasta los nuevos valores como Montañés, Rebullida, Satué..., a los que habría que añadir compositores que trabajan o han trabajado aquí como Agustín Charles o Teresa Catalán. En total hemos

ofrecido, en nuestros diez años de existencia, casi cincuenta estrenos absolutos de autores españoles.

–**Con esta trayectoria, y cumplida ya una década, ¿puede considerarse consolidada la Orquesta?**

–En principio, sí. Lo cual no significa que no debamos pelear día a día por la supervivencia y por la mejora de nuestro rendimiento. Afortunadamente vamos ganando audiencia y en este último ciclo ha sido particularmente agradable ver la Sala Galve llena de gente joven, universitarios, gracias a un acuerdo con la Universidad de Zaragoza, mediante el cual nuestros conciertos, precedidos por una conferencia temática, se han convertido en una asignatura de libre elección.

–**¿Cuáles son los proyectos inmediatos de la Orquesta?**

–El primero, la continuidad, el segundo, la ampliación de nuestro repertorio hacia otros estilos y épocas, y el tercero, el dar a conocer nuestra actividad a sectores cada vez más amplios del público aragonés. Los tres están perfectamente imbricados y constituyen, en el fondo, una misma cosa. Sé que, más que proyectos, estos tres puntos vienen a ser algo así como una declaración de intenciones, fundamentales, desde mi punto de vista, para garantizar el anclaje y la difusión en Aragón de la OCAZ; y sobre ellos seguiré insistiendo. Pero ya más en concreto, y en cuanto a las salidas fuera de la Comunidad, la orquesta viajará en septiembre a Alcalá de Henares en cuya Universidad realizaremos un concierto homenaje a Oliver Pina, en diciembre visitaremos Vitoria, en abril Barcelona y en junio, invitados por la Fundación Marcelino Botín, Santander, donde estuvimos el pasado mayo. Por lo que respecta al capítulo de grabaciones, próximamente aparecerá un disco con obras de Luciano Berio, editado por Columna Música, y a principios del próximo año, publicado por Autor, saldrá al mercado un monográfico Angel Oliver Pina, posiblemente el primero que se dedica íntegramente a este autor. Estos compactos vienen a sumarse al de “Compositores Aragoneses” y al de Joaquim Homs, que tan buenas críticas ha recibido. Hay otras ideas que se irán consolidando poco a poco en las que se incluye la grabación de alguna que otra obra del repertorio clásico del siglo XX. Nuestro propósito es conseguir el patrocinio adecuado, y un sello discográfico interesado, que nos ayude a planificar un programa regular de grabaciones. En ello estamos.

–**¿Y para la próxima Temporada?**

–Pues otros seis conciertos en los que se incluyen obras como la **Serenata en la mayor** de Brahms, el “**Schwanendreher**” de Hindemith, y **Enigmas** de Enrique Guimerá, compositor tinerfeño con el que mantenía una gran amistad, fallecido en trágicas circunstancias no hace aún un año. Volveremos a interpretar la **Primera Sinfonía de Cámara**, de Schönberg y la **Kammermusik n.2** de Hindemith, y haremos el estreno de la obra ganadora del primer concurso internacional de composición ‘Universidad de Zaragoza’. El Coro Infantil del Auditorio participará en el cuarto programa, que girará en torno al mundo de la infancia y el quinto lo ocupará por entero la representación de la ópera de cámara “El ganxo” de Mestres Quadreny que previamente habremos estrenado en el Liceo de Barcelona gracias a una coproducción con el Auditorio de Zaragoza. En el último programa conmemoraremos el 250 aniversario del nacimiento de Mozart en el que habrá una obra de estreno, la **Sinfonía Concertante** para viento de Mozart y la **Sinfonía Clásica**, de Prokofiev.

–**¿Qué otros caminos hay en perspectiva para difundir en Aragón la música que la OCAZ hace en Zaragoza?**

–Hay uno inmediato y relativamente fácil: llevar con cierta periodicidad nuestros conciertos a otros lugares de la geografía aragonesa. Para ello es imprescindible la ayuda de las administraciones, principalmente de la DGA. Lo hemos propuesto en varias ocasiones pero hasta ahora no ha habido respuestas concretas. El argumento de la “dureza” de nuestra programación no es excusa. Muchos de nuestros programas de temporada son perfectamente accesibles (para no hablar de los extraordinarios con Beethoven o Schubert) y, en cualquier

caso, no entiendo en razón de qué criterio se ha se sustraer al ciudadano aragonés interesado en la cultura el contacto con las nuevas músicas no comerciales. En estos momentos estamos en conversaciones con responsables de cultura del gobierno autónomo con tal de encontrar una fórmula que permita algún tipo de colaboración regular con la OCAZ. Sin ninguna acritud, pero sí con firmeza, opino que ya es hora de que la DGA participe en el proyecto de una orquesta, la nuestra, que ha sabido mantenerse, no sin dificultades, durante diez años y que es hoy por hoy uno de los referentes musicales de Zaragoza, y por lo tanto de Aragón, en el resto del país.

**–Me gustaría que nos diera ahora su visión desde el podio, su perspectiva de la música desde la posición del director.**

–Dirigir una orquesta es una forma, peculiar si se quiere, de hacer música. Supone una extrema complejidad porque por una parte ha de tener en cuenta una serie de factores estructurales, ideales o acústicos y por otra ha de estar dispuesta a prescindir de ellos en el momento unívoco de la música. En un momento-presente del curso de la música se acumulan y expanden a la vez las relaciones recíprocas entre el principio y el final del camino. Cualquier replanteamiento en cualquier punto del camino afecta a la totalidad del discurso y me obligaría a salir de él. El camino es el proceso en el que la música, más que recrearse, se erige como tal. Es en este sentido que son los músicos los que, trascendiendo su particular contingencia, hacen la música. Mi papel se concreta en disponer los medios y crear las condiciones para que este proceso, en el cual participo ni antes ni después, pueda darse. En cierto modo dirigir no es sino una forma de mediar entre los músicos y la obra. Reconstruir en los músicos y en mi mismo lo que el análisis ha fragmentado previamente; restituir en la realización sonora el significado unitario original que la partitura representa. Esa es tal vez la tarea más noble de la dirección. Me resisto al término “interpretar” porque lo considero inexacto. La música no es interpretable. La música es o no es. Son interpretables los signos de la partitura, pero la música transcurre con nosotros. El signo más inmediato y evidente de la dirección es el gesto. El gesto transmite mediante impulsos una energía que es reflejada en los músicos y devuelta por ellos en forma de intención musical concretada en materialidad sonora. Esta reciprocidad es la que mantiene el proceso de la música. Por eso el gesto como síntesis de este proceso, con el que marco, no ya el tiempo de la música, sino la estructura de la cadencia, ha de ser, en su flexibilidad y conexión con el resto del cuerpo, uno y esencial. Estoy totalmente en contra de la coreografía gestual porque convierte en primordial lo que es totalmente superfluo y prescindible. Es un error pensar que hay un repertorio de gestos que se aplican según convengan a una obra u otra. El gesto, insisto, es uno y desde esta unicidad puede llegar a desplegarse la cantidad de matices que la música reclama. La mayor plenitud se consigue en la quietud más absoluta. Este es el principio.

**–Es un planteamiento muy sugestivo, y ciertamente personal.**

–Sí, pero es fruto de mi “encuentro”, hace ya años, con las teorías fenomenológicas de Ansermet y con el pensamiento y la forma de hacer de Celibidache. Nunca estudié con Celibidache (aunque trabajé los principios de su técnica con A. Ros Marbà) pero asistí cuanto pude a sus conciertos y conferencias, leí los pocos artículos y entrevistas que dejó y, sobre todo, reflexioné durante mucho tiempo sobre lo que decía y hacía. Y aún sigo. No hace falta que diga que Ansermet y Celibidache son, por distintas razones, no los únicos, pero sí mis principales referentes.

**–Pero la figura del director tiene también significados mediáticos.**

–Sí, pero eso no tiene nada que ver con la música. Esos significados son ajenos a la música. No voy a negar la realidad de la influencia de los medios, como se dice ahora, pero tal realidad no es la de la música; la música se pierde por esos derroteros que le son tan extraños. A la música, a pesar de la importancia mediática que hoy en día se le atribuye, se le ha ido restando su capacidad de emocionar; me refiero a la música y no a la fuerza o al brillo sonoro de una orquesta, ni a la perfección de la ejecución, ni a la belleza del timbre de una voz o instrumento.

También el perfil que los medios han ido creando del director de orquesta se ha visto afectado por este empobrecimiento y en muchos casos tiene que ver mucho más con el mero espectáculo que con la misión de desvelar el mensaje artístico, y por tanto humano, de la obra de arte musical. La música está en otro lado. Necesitamos tiempo para recomponerla, para “recrearla”, porque en la condición del tiempo no medido, ni predeterminado, estriba la riqueza y la posibilidad de experiencia de la música. Y el tiempo, así entendido, es el principal enemigo de la necesidad de eficacia de los “medios” y del mercado.